

pero que no obstante conviven con él en la obra del escritor de Alcalá de Henares. Reflejaría esta doblez una cierta defensa del desvalimiento y la impotencia del individuo frente a los poderes de la época.

Los encargados y organizadores de conmemoraciones de esta laya debieran quizá cuando menos tomar nota de la siguiente recomendación de Garagorri (p. 115): "Para poder comprender, sin las tópicas anteojeras, al genial escritor que él fue, y la sutileza subterránea que se gasta en sus páginas, hay que descolgarle de los altares erigidos por la erudición roma y la beatería ante las glorias nacionales y recorrer su concreta biografía".

No quiero pasar por alto otra discreta y aun hoy poco atendida propuesta del autor de este libro. Viene a ser el principio teórico al que se atenía al elucidar la "heroica hipocresía" –así la de-

nominó Ortega– de Cervantes que mencioné anteriormente. Recuerda Garagorri, enmendando espejismos de positivismo e idealismo –derivadas que parecen estar al acecho en todo tiempo–, el carácter espiritual y por tanto interpretativo de toda experiencia humana, incluida la creación literaria.

A la autonomía textual postulada por ciertas escuelas estructuralistas y practicada más de una vez por los idealistas, contrapone la necesidad de referir los hechos al solo lugar que permite su interpretación no desarraigada y cabal: las vivencias de la realidad radical. Con la aparición de este libro de Paulino Garagorri regresa entre nosotros un pensador singular por la agudeza de su mirada y la mesura y concisión de su estilo. En sus páginas rebrotan fecundas las enseñanzas orteguianas con sesgo propio. Sin duda, una grata noticia.

ESPACIO Y TIEMPO EN LOS PAISAJES DE ORTEGA

El Madrid de José Ortega y Gasset, edición de José Lasaga. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Residencia de Estudiantes, 2006. 477 p.

JUAN FRANCISCO FUENTES

Entre las iniciativas más brillantes que han tenido lugar con motivo del cincuentenario de la muerte de José Ortega y Gasset se encuentra sin duda la exposición en la Residencia de Estudiantes clausurada el pasado mes de julio. Cen-

trada en el Madrid de Ortega, en ella se recorría la relación sentimental y cultural entre el pensador y su ciudad natal, al tiempo que, desde una perspectiva más amplia, se planteaba el papel que en su obra filosófica desempeñó el paisaje como elemento de incitación al pensamiento. El catálogo de aquella exposición ilustra esta doble dimensión de su obra –la relación con Madrid y la relación con el paisaje– no sólo con la reproducción de algunas de las piezas más importantes de la muestra, sino con dieciséis ensayos de algunos de los

autores que mejor conocen la vida y la obra del filósofo. Incluye, además, el texto inédito de dos conferencias pronunciadas por Ortega en Madrid en mayo de 1933, con un título tan sugerente como oportuno en aquel momento: “¿Qué pasa en el mundo?” Todos estos materiales –ensayos, fotografías, cuadros, portadas de libros, textos autógrafos, aparato crítico...– adquieren forma y sentido gracias a la diligente labor desempeñada por el comisario de la exposición, José Lasaga, autor del prefacio de este catálogo y de una detallada cronología de la biografía del personaje. Tras ella, figura una “Semblanza biográfica” de Javier Zamora que sirve para dar un contrapunto didáctico a los enfoques sectoriales aportados por los especialistas. Son dignos de encomio, asimismo, el buen gusto en el diseño y la acertada selección de las imágenes, unas por inexcusables y otras por novedosas, recogidas en estas páginas.

Los temas tratados en los textos van mucho más allá del planteamiento localista que anuncia el título de la exposición y del catálogo. Se abordan cuestiones cruciales en la trayectoria de Ortega, como sus revistas culturales y políticas (Fernando R. Lafuente), su estancia en Alemania (Javier San Martín), su idea de Europa (Béatrice Fonck), su paradójica relación con la modernidad y el siglo XX (Pedro Cerezo), su acendrado liberalismo (Vargas Llosa), los avatares de su magisterio en la posguerra sobre el exilio exterior (Carlos Pereda) e interior (Helio Carpintero), sus escritos sobre arte (José Luis Molinuevo), su participación en la

vida política española hasta los años treinta (Santos Juliá) o el tema de las rebelión de las masas (Thomas Mer-mall). Estos y otros trabajos garantizan un razonable tratamiento de su trayectoria pública y de su producción intelectual, dentro de la dificultad de cubrir desde todos los ángulos una figura tan poliédrica. Por lo demás, el catálogo, más que la exposición propiamente dicha, viene a ser un inventario de los paisajes orteguianos, y no sólo de los que podemos situar en la capital de España o sus alrededores, sino en general de sus grandes “lugares de memoria”, que es como podríamos denominar, más allá de la definición historiográfica de este concepto, a esos lugares que en el transcurso de una vida individual o colectiva se convierten en símbolos o a esos símbolos que se acaban identificando con determinados lugares.

Madrid y su provincia son, sin duda, el “lugar de memoria” orteguiano por excelencia, y de ahí la razón de ser de esta exposición. Precisamente por ello, su presencia en la biografía y en la obra de Ortega se desglosa en aquellos micropaisajes de la geografía madrileña que representan momentos distintos de su recorrido vital o de su proyecto intelectual: la casa familiar de la calle Serrano, El Escorial, el río Manzanares, la Residencia de Estudiantes, la Ciudad Universitaria, su última casa en Montesquínza o la sierra del Guadarrama, lugares todos presentes en cuadros y fotografías reproducidos en el catálogo. Semejante planteamiento es enteramente fiel a una intuición que siempre acompañó a Ortega: la importancia de

la geografía como transmisora de ideas y portadora de sentimientos y de emociones, que le llevó por ejemplo a hablar de un “lógos del Manzanares” y de la rara singularidad de un río capaz de llevar “entre sus pocas gotas de agua, alguna gota de espiritualidad”. Esta capacidad alegórica es aún más clara en el caso del Guadarrama –“la otra mitad de mi persona”–, evocado aquí, a doble página, en un cuadro pintado por Sorolla en 1907, que nos recuerda no sólo la herencia gineriana e institucionista de Ortega, sino el papel simbólico que el Guadarrama desempeña en su obra, ya sea como *locus amoenus* sugeridor de gratas sensaciones estéticas, como punto de encuentro del filósofo con la dimensión cósmica de su existencia –“mi salida natural al universo”– o como una especie de eslabón perdido entre Madrid y España, o para ser más exactos, entre la España oficial, representada por el centro político y administrativo de la nación, y la España real, en la que Ortega veía una promesa de aire fresco que era fácil identificar con el cielo de la sierra madrileña.

En muchas de estas imágenes, el paisaje, rural o urbano, aparece como parte esencial de un retrato, que toma prestados del entorno matices históricos, culturales o sentimentales. El libro tiene mucho, por tanto, de biografía plástica del filósofo, retratado en cuadros, dibujos y fotografías de una extraordinaria fuerza expresiva, debidos a los pinceles y lápices de Zuloaga, Vázquez Díaz, Valentín de Zubiaurre o Bagaría y a las cámaras fotográficas de Alfonso, A. Sahn, Julián Marías y un

sinfín de retratistas anónimos. En muchos casos, el paisaje aparece como algo más que un simple telón de fondo o un elemento ornamental de la composición: es sobre todo la representación geográfica de esa circunstancia vital en la que tanto insistió Ortega como parte de la propia identidad. No conviene olvidar tampoco el “paisaje” humano que forma él mismo con algunos de sus acompañantes más ilustres en esta selección de fotografías, tan variopintos como puedan serlo Azorín, Heidegger, Ramón Gómez de la Serna, Pío Baroja, Nicolás María Urgoiti, Xabier Zubiri, E. R. Curtius, el actor Gary Cooper, durante la estancia de Ortega en Aspen (EE.UU.), o el torero Juan Belmonte. Todo ello –es decir, este compendio de geografía física y humana– constituye lo que José Lasaga llama en el prefacio los “paisajes esenciales” de Ortega, sin que a veces se sepa muy bien si es el espacio circundante el que explica al personaje en un retrato o es el poderío expresivo del gesto del filósofo el que da sentido al paisaje.

Tal vez este juego de espejos entre el personaje y su entorno hubiera requerido un estudio específico que le diera hecho al lector el trabajo de recomponer el orden de las imágenes siguiendo un criterio cronológico y de interpretar el significado del puzzle resultante. Sería curioso descubrir los nuevos matices que cobran estos retratos al someterlos a la prueba del tiempo en su incesante dinamismo, cambiando poco a poco la fisionomía del filósofo y de los lugares que transita. Él mismo practicó este juego con el tiempo y consigo mismo cuando se hizo fotografiar imitando

a Balzac muchos años después de haberlo hecho en su juventud, dos retratos que forman como un díptico de este volumen y que aparecen de nuevo ilustrando el texto de Mario Vargas Llosa. Esta otra forma de “leer” el catálogo permite ver cómo evolucionan su gesto y su expresión, casi nunca espontáneos, en los que a veces puede adivinarse un estado de ánimo o una determinada coyuntura vital. Luego está la relación que mantuvo Ortega con aquellos paisajes con los que se fue encontrando a lo largo de su existencia, unas veces por elección –Alemania y Argentina, por ejemplo– y otras por azares de la historia que dejaron una profunda huella en su vida, como los diversos escenarios de su exilio –París, Argentina y Portugal– entre 1936 y 1945. De ahí la afirmación de José Luis Molinuevo en su ensayo sobre las ideas estéticas de Ortega: “El «yo soy yo y mi circunstancia» se convierte en “yo soy yo y mi paisaje”, de manera que este último, reflejado en un cuadro, pasa a ser a los ojos del filósofo “una indagación y una construcción de identidades”. Lo dice también José Lasaga en el prefacio, con una frase que deja perfectamente explicado el sentido de este complicado juego de espejos: “Un paisaje no es sino un diálogo que el yo hace con su entorno, una perspectiva que en planos sucesivos y jerarquizados se abre hacia la totalidad del mundo”.

Entre esos “planos sucesivos” podemos incluir el horizonte del tiempo histórico como uno más –y desde luego no el menos importante– de los “paisajes esenciales” de Ortega. El tema aparece a menudo, más o menos de forma explí-

cita, en los textos del catálogo, ya sea al calibrar la capacidad del filósofo para anticiparse a su tiempo o al abordarse su papel en la política española en busca de un cambio que quiso, y en parte, consiguió precipitar, aunque no pudiera dirigirlo en la dirección apetecida. Es la idea que sugiere Santos Juliá cuando define al Ortega políticamente comprometido como “gran oráculo deslegitimador del sistema político de la Restauración”. Jacobo Muñoz habla de “su capacidad anticipadora” en el campo de la filosofía y Pedro Cerezo reflexiona sobre la famosa autodefinición con la que Ortega se presenta en el primer número de *El Espectador*: “Nada moderno y muy siglo XX”. ¿Le convierte eso, se pregunta el autor, en “profeta de la postmodernidad”? Cerezo responde, con algunas cautelas, más bien todo lo contrario: en el pensamiento de Ortega hay “una secreta continuidad con el espíritu ilustrado, antes que una ruptura integral con él”. Jacobo Muñoz propone convertir la citada frase de *El Espectador* en divisa para una tarea que considera –también en expresión orteguiana– el gran tema de nuestro tiempo: “Llevar a cabo una filosofía «nada postmoderna y muy siglo XXI»”.

Nada más oportuno, pues, que cerrar este catálogo con aquel texto de 1933, que muestra desde el mismo título –“¿Qué pasa en el mundo?”– esa relación apasionada que Ortega mantuvo también con la historia inmediata como paisaje temporal, poblado –dice– “de ciertas cosas que pasan y nos parecen raras”. Creo que esta visión noticiosa del entorno histórico, contemplado como un filón de acontecimientos en cier-

nes, debe servir para recordarnos la dimensión y, a veces, la vocación periodística del pensamiento de Ortega, siempre al acecho de la noticia del día siguiente y siempre dispuesto a guiarse por su instinto para convertir el rumor que trae la actualidad en titular de una imaginaria portada de la historia. Tal es el paisaje temporal que aparece en este catálogo, un paisaje más difícil de describir que otros lugares de su vida y ante cuya incierta fisionomía el filósofo se cubre cautelosamente con ese “ya veremos, ya veremos” con el que concluye

su respuesta a la acuciante pregunta, sobre todo en una década como aquella, que sirve de título a aquel texto inédito de 1933.

Éstos son los múltiples paisajes que aparecen pintados, fotografiados y explicados en este espléndido catálogo, por el que hay que felicitar a los promotores de la exposición y, muy especialmente, a José Lasaga como responsable de esta valiosa contribución a la brillantez de una efeméride de tal importancia.

LA HORA DE ORTEGA

LLANO ALONSO, Fernando; CASTRO SÁENZ, Alfonso (eds.): *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*. Madrid: Tébar, 2005. 710 p.

JESÚS DÍAZ

ORCID: 0000-0001-7872-6205

Cincuenta años después de la muerte de Ortega y Gasset, y más allá de las discrepancias que genera su obra, casi todo el mundo parece estar de acuerdo en dos cosas. La primera es que el pensador madrileño es una figura imprescindible en la cultura contemporánea española; alguien que dignificó el pensamiento hecho en castellano y lo situó, por primera vez en su historia reciente, a la altura de los tiempos. La segunda consideración incide en el maltrato sistemático que hasta hace relativamente poco ha padecido su figura y su obra.

Para todos aquellos que empezamos a cursar los estudios de filosofía a principios o mediados de los ochenta, la filosofía de Ortega era inexistente. Sólo de vez en cuando oíamos alguna que otra referencia a su persona o pensamiento que, por descontado, solía ser bastante poco halagüeña. Pero como todo lo que se somete a vituperio no deja de despertar curiosidad, no fuimos pocos los que de modo más o menos furtivo empezamos a leer algunas de sus obras en la estupenda edición de Paulino Garagorri. El resultado, más allá de algún que otro sentimiento de incomodidad ante ciertas tesis –pero de una incomodidad que siempre hacía pensar–, era el deslumbramiento. Con Ortega alguna gente de mi generación experimentó por primera vez que el castellano era una lengua con capacidad filosófica y que leer filosofía